

VII.

UN ALBERGUE PARA EL VIAJERO.

Media hora despues, Gilliatt, habiendo vuelto á bordo del buque perdido, subia y bajaba de la cubierta al entrepuente y del entrepuente á la sentina, profundizando el exámen sumario de su primera visita.

Con el auxilio del cabrestante, habia subido á la cubierta de la Duranda el fardo que habia formado con el cargamento de la panza. El cabrestante se habia conducido debidamente. No faltaban seguramente palancas para irle arrastrando. En aquel monton de escombros, Gilliatt podia escoger.

Halló entre las ruinas un escoplo, caido sin duda del

tonel de la carpintería, con que aumentó su pequeña colección de herramientas.

Además, como en los casos de apuro con todo se cuenta, se aseguró de que se había metido la navaja en el bolsillo.

Gilliatt estuvo trabajando todo el día en la Duranda, escombrando, consolidando, simplificando.

Al terminar el día, reconoció lo siguiente:

Todo el buque se estremecía al menor viento. A cada paso que daba Gilliatt, temblaba todo aquel esqueleto. No había estable y firme más que la parte del casco encajonada entre las rocas, que contenía la máquina. Allí los baos se apuntalaban poderosamente contra el granito.

Imprudencia hubiera sido establecerse en la Duranda. Se la hubiera añadido peso, y lo que importaba era aligerarla.

Apoyarse en el buque perdido era lo contrario de lo que debía hacerse.

Aquella ruina requería ser tratada con mucho mimo. Era como un enfermo que espira. Viento habría bastante para sopetearla.

Demasiado peligroso es tener que trabajar en ella. La cantidad de trabajo que el buque perdido tendrá necesariamente que sobrellevar, le fatigará sin duda alguna, y será tal vez superior á sus fuerzas.

Además, si durante la noche, hallándose Gilliatt dormido, sobreviniese algún accidente, hallarse en la Duranda sería irse á pique con ella. Ningun auxilio posible; to-

do estaría perdido. Para socorrer al buque náufrago, era menester hallarse fuera de él.

Estar fuera de él y cerca de él, tal era el problema. La dificultad se complicaba.

¿Dónde hallar un abrigo con tales condiciones?

Gilliatt meditó.

No quedaban más que los dos Douvres. Parecían poco habitables.

Desde abajo se distinguía en la plataforma superior del Douvre mayor una especie de escrescencia.

Las rocas enhiestas, planas por arriba, como el Douvre mayor y el Homme, son picos decapitados. Abundan en las montañas y en el Océano. Ciertos peñascos, sobre todo entre los que se encuentran en alta mar, tienen entalladuras como árboles podados.

Parece que han recibido hachazos. Están en efecto sometidos á los golpes del huracán, leñador del mar.

Hay otras causas de cataclismo, más profundas aun, á que se deben tantas heridas como se notan en los granitos seculares. Algunos de estos colosos tienen la cabeza cortada.

Sin que se pueda explicar cómo, esta cabeza, algunas veces, no cae, y permanece mutilada en el vértice truncado.

Esta singularidad no es muy rara. La Roque-au-Diable, en Guernesey, y la Table, en el valle de Anweiler, ofrecen, con condiciones las más sorprendentes, este extraño enigma geológico.

Algo parecido le habia sucedido probablemente al Douvre mayor.

Si la prominencia que se notaba en la meseta no era una giba natural de la piedra, habia de ser necesariamente algun fragmento restante del remate arruinado.

En aquel pedazo de peñasco habia tal vez una escavacion.

Un agujero en que meterse, Gilliatt no pedia otra cosa.

¿Pero cómo llegar á la meseta? ¿Cómo subir por aquella pared vertical, fuerte y lisa como un guijarro, medio cubierta de una sábana de confervas viscosas, y que tenia el aspecto resbaladizo de una superficie enjabonada?

Habia por lo menos 30 pies desde la cubierta de la Duranda al borde de la meseta.

Gilliatt sacó de su caja de herramientas la cuerda de nudos, se la rolló alrededor de la cintura, y empezó á escalar el Douvre menor. A medida que subia, la ascension era mas ruda. Se habia olvidado de quitarse los zapatos, lo que aumentaba las dificultades.

No sin mucho trabajo llegó á la punta, y se puso en pie. Habia apenas para sus dos pies espacio suficiente. No le servia para alojamiento. A un alcion le hubiera tal vez bastado. Gilliatt, mas exigente, queria mas.

La Douvre menor se inclina hácia la mayor, de suerte que de lejos parece que la saluda, y el intervalo de los dos Douvres, que abajo era de unos 20 pies, no era arriba mas que de unos 9 ú 11.

Desde la punta á que se habia encaramado, Gilliatt vió mas distintamente el tumor pétreo que cubria en parte la plataforma de la Douvre mayor.

Aquella plataforma se levantara al menos tres toesas encima de su cabeza.

Un precipicio le separaba de ella.

El tajo de la Douvre menor, cortado á plomo, desaparecia debajo de él.

Gilliatt se quitó de la cintura la cuerda de nudos, midió rápidamente con la mirada la distancia, y arrojó el garfio de la cuerda á la plataforma.

El garfio arañó la roca sin hacer presa. La cuerda de nudos, que tenia el garfio en su estremidad, cayó á los pies de Gilliatt á lo largo de la Douvre menor.

Gilliatt repitió la misma operacion, echando la cuerda mas adelante, y dirigiendo la punteria á la protuberancia granítica en que distinguia grietas y quebrajas.

Echó la cuerda con tanta limpieza y tino que el garfio se clavó.

Gilliatt tiró de la cuerda.

La roca se rompió, y la cuerda de nudos volvió á dar contra el escarpe debajo de Gilliatt.

Gilliatt echó el garfio por tercera vez.

El garfio no volvió á caer.

Gilliatt tiró de la cuerda con fuerza. Resistió.

El garfio estaba anclado.

Se habia detenido en alguna fragosidad de la meseta que Gilliatt no podia ver.

Tratábase de confiar la vida á aquel sustentáculo desconocido.

Gilliatt no vaciló.

Todo apremiaba. Era preciso abreviar cuanto fuese posible.

Por otra parte, volver á bajar á la cubierta de la Duranda para recurrir á algun otro procedimiento, era casi imposible.

Era probable resbalar, y casi seguro caer. Se sube, pero no se baja.

Como todos los buenos marineros, Gilliatt tenia movimientos de precision. No malograba nunca sus fuerzas.

No hacia mas que esfuerzos proporcionados, y asi se esplican los prodigios de vigor que ejecutaba con músculos ordinarios; tenia unos bíceps como cualquier hijo de vecino, pero otro corazon. Añadia á la fuerza, que es física, la energía, que es moral.

El acto que iba á ejecutar era imponente.

Franquear, colgado de un hilo, el intervalo de los dos Douvres, tal era la cuestion.

En los actos de adhesion ó de deber, se encuentran frecuentemente interrogaciones que parecen dirigidas por la muerte.

¿Harás eso? dice la sombra.

Gilliatt tiró de nuevo de la cuerda; el garfio se mantuvo firme.

Entonces Gilliatt se envolvió la mano izquierda con el pañuelo, cogió con la derecha la cuerda poniendo encima

de ella la izquierda, despues tendió un pie hácia delante, y con el otro pie, empujando enérgicamente la roca á fin de que el vigor de la impulsión impidiese á la cuerda toda rotacion, se precipitó de lo alto de la Douvre menor contra el tajo de la otra.

El choque fue violento.

A pesar de la precaucion tomada, la cuerda giró, y Gilliatt dió contra la roca de espaldas.

Permaneció un momento atontado y suspendido.

Fue bastante dueño de sí mismo para no soltar la cuerda.

Se pasó algun tiempo en oscilaciones y sobresaltos antes que pudiese coger la cuerda con los pies, pero lo consiguió al cabo.

Ya repuesto, y teniendo la cuerda entre sus pies al mismo tiempo que la sujetaba con las dos manos, miró hácia abajo.

No se inquietaba por la longitud de la cuerda, que ya mas de una vez le habia servido para mayores alturas. En efecto, la cuerda arrastraba sobre la cubierta de la Duranda.

Seguro de poder bajar, Gilliatt empezó á encaramarse.

Alcanzó en algunos instantes la meseta.

Jamás cosa alguna que no tuviese alas habia puesto allí los pies. La meseta estaba cubierta de escremento de aves.

Era un trapecio irregular, rotura de aquel colosal pris-

ma granítico llamado Douvre mayor. En el centro, minado por las lluvias, el trapecio estaba hueco como un barreño.

Las conjeturas de Gilliatt habían sido justas. En el ángulo meridional del trapecio se veían pedruscos sobrepuestos, que eran probablemente los escombros del hundimiento del vértice.

Aquellos pedruscos, especie de hacinamiento de losas desmedidas, hubieran dejado á un animal salvaje, descarriado en aquella altura, un camino entre ellos para deslizarse. Se equilibraban unos á otros, y tenían los intersticios que tiene un monton de cascote. No había allí gruta, ni antro, sino agujeros como en una esponja. En uno de estos agujeros cabía Gilliatt.

En aquel cobil había un fondo de yerba y de musgo. Gilliatt estaría allí como metido en un estuche.

La entrada de la guarida tenía dos pies de altura, y se iba estrechando hácia el fondo. Hay sepulturas de piedra que tienen la misma forma. Hallándose el cúmulo de rocas arrimado al Sud-oeste, la cueva estaba protegida de los chaparrones, pero abierta al viento del Norte.

A Gilliatt le pareció bien.

Los dos problemas estaban resueltos; la panza tenía un puerto y él tenía una vivienda.

Lo bueno de esta vivienda era que estaba al alcance del buque perdido.

El garfio de la cuerda de nudo, caído entre dos peñas, se había enganchado allí sólidamente. Gilliatt lo inmovilizó poniéndole encima una gran piedra.

Inmediatamente después entró en libre práctica con la Duranda.

En lo sucesivo estaba en su casa. La Douvre mayor era su morada, la Duranda era su almacén.

Ir y venir, subir y bajar, nada más sencillo.

Bajó corriendo por la cuerda de nudos á la cubierta.

La jornada era buena, había empezado bien, estaba contento, y se apercibió de que tenía hambre.

Abrió su cesta de provisiones, echó mano de su navaja, cortó un buen pedazo de tasajo que comió acompañado de un poco de pan bazo, bebió un trago de agua, y cenó admirablemente.

Hacer bien y comer bien son dos alegrías. El estómago lleno se asemeja á una conciencia satisfecha.

Concluida su cena, quedaba aun un poco de día, de que se aprovechó para empezar á alijerar el buque naufragado, que era cosa muy urgente,

Había pasado parte del día escogiendo los escombros. En el compartimiento sólido en que se hallaba la máquina metió todo lo que podía servirle, madera, hierro, cordaje, lona. Echó al mar lo inútil.

Por reducido que fuese el cargamento de la panza, izado á la cubierta de la Duranda por medio del cabrestante, era un embarazo. Gilliatt reparó en la especie de nicho abierto en el muro de la Douvre menor, á una altura que podía alcanzar su mano.

Se ven con frecuencia en las rocas esas alacenas naturales, si bien es verdad que no se cierran.

Opinó que era posible confiar á aquel nicho un depósito, y le entregó sus dos cajas, la de herramientas y la de prendas de ropa, y sus dos sacos, el de centeno y el de galleta, que los metió en el fondo, y en la parte anterior, tal vez demasiado cerca del borde, pero no habia ya mas espacio, la cesta de provisiones.

Habia tenido buen cuidado en sacar de la caja en que guardaba la ropa su piel de carnero, su capote con capucha y sus polainas embreadas.

Para impedir que la cuerda de nudos tomase viento agarró su estremidad inferior á una puerca de la Duranda.

Como la Duranda tenia mucha comba, la puerca estaba muy encorvada, y sujetaba el extremo lo mismo que hubiera podido hacerlo una mano cerrada.

Faltaba arreglar el cabo superior de la cuerda.

Por abajo estaba bien sujeta, pero en el vértice del escarpe, en el punto en que la cuerda de nudos rozaba con el borde de la plataforma, era de temer que poco á poco la fuese segando este borde.

Gilliatt escarbó el monton de escombros que tenia en reserva, cogió algunos pingajos de lona, y sacó de algunos pedazos de cable unos cuantos hilos; que se metió en los bolsillos.

Cualquier marino hubiera adivinado que con aquellos pedazos de lona y aquellos cabos de hilo iba á forrar el pliegue de la cuerda de nudos que rozaba con la roca, para preservarla de toda avería.



DULCE Y GRACIA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hecha su provision de trapos viejos, se puso las polainas, se echó encima del chaqueton el capote cuya capucha dejó caer sobre su gorra, ciñóse al cuello la piel de carnero, y cubierto con esta panoplia completa, cogió la cuerda, ya entonces pegada para lo sucesivo á lo largo de la Douvre mayor, y fué á tomar por asalto aquella torre del mar.

No obstante tener las manos desolladas, en un abrir y cerrar de ojos llegó Gilliatt á la meseta.

Se estinguían los últimos resplandores del sol poniente. En el mar era ya noche, pero en la cúspide del escollo habia un poco de luz.

Gilliatt aprovechó este resto de claridad para forrar la cuerda de nudos.

En el ángulo que formaba junto al borde del peñasco, aplicó una porcion de vendajes de lona sobrepuestos, y los ató con bramantes.

Aquel apósito tenia cierta semejanza con las almohadillas que se ponen las actrices en las rodillas para las agonías y súplicas del quinto acto.

Terminada la operacion, Gilliatt, que estaba agachado, se levantó.

Hacia ya un rato, mientras vendaba la cuerda de nudos, que en el aire percibia confusamente un estremecimiento singular.

En medio del silencio del crepúsculo, aquel ruido se asemejaba al que produciria el sacudimiento de alas de un inmenso murciélago.

Gilliatt levantó los ojos.

Un gran círculo negro giraba encima de su cabeza en el cielo profundo y blanco del crepúsculo.

En los cuadros antiguos, se ven círculos análogos, orlando la cabeza de los santos, pero son de oro sobre un fondo oscuro, al paso que el que giraba encima de Gilliatt era tenebroso sobre un fondo claro.

Nada mas extraño. Hubiérase dicho que aquello era la aureola nocturna del imponente escollo.

El círculo se acercaba á Gilliatt y luego se alejaba, cerrándose al acercarse y abriéndose al alejarse.

¿Y qué era aquello? Mofetas, gaviotas, fragatas, cuervos marinos,alcones, una nube de aves marítimas, asombradas.

La Douvre mayor era probablemente su albergue y se retiraban á él para pasar la noche. Gilliatt habia tomado allí un dormitorio, y tan inesperado inquilino les inquietaba.

Un hombre allí era cosa que no habian visto nunca.

Su recelo azorado duró algun tiempo.

Parecia que aguardaban que Gilliatt se fuese.

Gilliatt, vagamente pensativo, seguia con la mirada su vuelo.

Aquel torbellino con alas concluyó por tomar un partido; el círculo se deshizo de repente en espiral, y la nube de aves marítimas, dirigiéndose al otro extremo del escollo, se dejó caer sobre el Homme.

Allí al parecer se consultaban y deliberaban.

Mientras Gilliatt se tendia dentro de su estuche de granito, y por almohada se ponía una piedra debajo de la mejilla, oyó mucho rato á las aves hablar una tras otra, cada cual con su particular graznido.

Despues callaron, y todo se durmió, las aves en su peñasco y Gilliatt en el suyo.